

Carlos D. Girola

POR EL ING. AGR. ISSAC P. GRÜNBERG

Cumpliendo la ley inexorable de la vida, acaba de alejarse de nosotros para la eternidad, el profesor ingeniero agrónomo Carlos D. Girola. Fué el extinto una personalidad vastamente conocida y respetada en los



ambientes rurales y universitarios, gracias a su intensa y multiforme labor, casi no interrumpida durante medio siglo.

Su vista panorámica de las posibilidades y necesidades del país lo llevó a emprender los más variados estudios, con miras a la implantación y difusión de nuevos cultivos o a mejorar métodos culturales. Esas tareas las cumplió con la inquietud, dedicación y perseverancia de un apóstol, impulsado por un imperativo categórico.

Hombres de ese temple no siempre son comprendidos; de ahí su lucha incesante para hacer triunfar sus ideas, luchas que le han acarreado numerosos sinsabores. Ningún contratiempo, empero, era capaz de paralizar, aunque fuera momentáneamente su actividad. Subyugada su mente por los incontables problemas agrícolas del país, al encontrar una iniciativa ciertos obstáculos imposibles de vencer, no tardaba en lanzarse con todo el peso de su autoridad y la fuerza de su voluntad en iniciativas menos resistidas que esperaban soluciones perentorias.

Su paso de una actividad a otra y de una a otra especialidad ha sido, a veces, brusco. Pero es necesario hacer justicia al extinto, recordando que la mente humana es fruto del tiempo y del espacio. No se debe desvincular al ingeniero Girola de la época y del ambiente en que le tocó vivir y actuar.

Coincide su iniciación profesional con la época en que nuestro país se ve favorecido por grandes avalanchas inmigratorias, que crean nuevas perspectivas y provocan complicados problemas. Extensas superficies de tierras se entregan a la colonización y la ganadería comienza a racionalizarse. Agricultores y ganaderos improvisados, en ambientes nuevos, tropiezan con dificultades técnicas para el satisfactorio aprovechamiento de su labor. Hay que ayudarles prestamente, antes que se desanimen. Pero el país cuenta con un número exiguo de ingenieros agrónomos. Un mismo profesional tiene que pasar así, por la fuerza de las circunstancias, de una disciplina a otra, de esta a una tercera y así siguiendo, pues no puede quedar sordo a los llamados de los campesinos recién iniciados, encerrándose herméticamente en una especialidad.

Así lo vemos al ingeniero Girola escribir sobre el problema filoxérico en el país, en 1888; dos años después exponer un sistema de colonización, más tarde sobre la carie del trigo, sobre arroz, sobre máquinas agrícolas, elección y selección de semillas, fruticultura, etc., etc., etc. Los títulos de sus publicaciones testimonian la preocupación de llenar los vacíos más sensibles de la bibliografía agronómica argentina, satisfaciendo con ello las necesidades inmediatas de los hombres de gobierno, profesionales, estudiantes de agronomía y terratenientes progresistas.

No entraremos a analizar y ni siquiera a enumerar los diversos aspectos de su abundantísima como proficua labor, documentada en varios cientos de publicaciones, entre libros, folletos y artículos periodísticos. Queremos solamente mencionar algunas de las iniciativas del extinto que demuestran palmariamente los beneficios que su labor reportó al país.

Tal es, por ejemplo, *La investigación agrícola en la República Argentina*. Hacía falta en el país una obra agronómica de conjunto, que permitiera encarar con criterio científico a la vez que práctico, los problemas regionales de las principales provincias. Pues bien, el ingeniero Girola emprende la tarea y, rodeándose de un selecto número de técnicos, publica la obra en 1904. Esta obra, que reúne las características de una enciclopedia agronómica con las de una geografía económica argentinas, ha prestado señalados servicios a los técnicos en los albores de nuestra evolución agronómica.

El ingeniero Girola, si bien bregaba insistentemente por el cultivo de numerosas plantas industriales que se adaptan perfectamente a las di-

ferentes regiones del país, dedicó preferente atención al fomento del cultivo del algodón. Convencido de que «existe una región algodonera argentina» y de la enorme importancia económica que tendría la difusión de esta textil y oleaginosa, no cesó en hacer su propaganda por espacio de 30 años. La prédica del ingeniero Girola tuvo sus felices consecuencias y, en la actualidad, el citado cultivo da vida a grandes núcleos de agricultores en el norte y a importantes establecimientos fabriles que industrializan la fibra y extraen y refinan el aceite.

¿Qué no diremos del Museo Agrícola, de la Sociedad Rural Argentina, institución meritisima que el extinto organizara y cuidara, con el cariño y desvelos que se prodigan a los hijos predilectos? El Museo, en efecto, ocupaba el centro de sus pensamientos. Era a la vez su casa, su escritorio, su cátedra y su laboratorio. El ideal de su vida durante muchos años consistía en el perfeccionamiento de esa institución, a fin de que fuera un digno exponente del progreso agropecuario e industrial del país. La reconstrucción y la rehabilitación del Museo Agrícola sería, creemos, el homenaje más elocuente y más justiciero al que fuera en vida uno de los más perseverantes e incansables luchadores por el adelanto de las industrias madres del país.

